

## QUINTA PARTE

### ESTUDIOS DE LENGUA Y LITERATURA

### 1. Consulta a los estudiosos sobre la Lengua Mexicana<sup>102</sup>.

Hay en México, y aún afuera de él, quienes deseen saber de un modo preciso cuáles eran los elementos del antiguo mexicano. A fin de que podamos formular con precisión las dudas que sobre esto nos ocurren, y recibir con la misma las respuestas que suplicamos se nos permitirán tomar para el examen de dicha lengua, un término de comparación. Ninguno creemos mejor en nuestro caso, que el castellano, tal como entendemos que ahora lo hablan los más instruidos filólogos de España.

Sonidos fundamentales A, e, i, o, u5  
 Modificaciones de ellos:

Labiales	Be, pe, me	3
Labio-dentales	Ve, fe	2
Dentales	Se, che	2
Dento-linguales	Ce, o ze, de, te	3
Linguales	Le, ne, ere, rre	4
Linguo-palatiales	Lle, ye, ñe	3
Guturales	Gue, ca o que, o k, je	3
Prosódico	Ache	1
Parece que los sonidos usados en castellano son		26

¿Cuántos y cuáles de estos sonidos tenía el mexicano? ¿Había en él otros? Como simple conjetura y sin que pretendamos decidir, a fin de exponer metódicamente nuestras dudas, diremos: que el mexicano tenía una buena parte de los sonidos que constituyen la lengua castellana, carecía de varios, y usaba otros que ésta no emplea. Para que esto no se note más fácilmente los ordenaremos en un cuadro.

Sonidos Iguales De más o De menos

Fundamentales	A, e, i, o, u5	O, ú Eu 1
Labiales	Pe, me2	Be 1
Labio-dentales	Ve, fe 2	
Dentales	Se, che 2	Tze, she 2
Dento-lingual	Te1	Ce o ze de 2
Linguales	Le, ne 2	Erre, rre 2
Linguo-palatiales	Y 1	Lle, ñe 2
Guturales	Que, fe2	Gue 1
Prosódico	H 1	

<sup>102</sup> REYES HEROLEZ, Jesús: *Mariano Otero: Obras*, Porrúa, México, 1967, pp. 855-862.

Parece, por el análisis que precede, que eran diez y nueve los sonidos de que se componía el mexicano; pero no todos ellos nos parecen igualmente ciertos, y vamos por lo mismo a presentarlos en otra división.

## CIERTOS

Sonidos	Palabras que se encuentran	Significado de ellas
A	Atl	Agua
E	Etl	Frijol
I	Ititl	Vientre
O	Ocotl	Especie de pino
U	Cuicatl	Canto
Pe	Patli	Yerba
Me	Metl	Maguey
Tze	Tzápotl	Zapote
She	Shíuitl	Cometa
Che	Chía	Chía
Te	Tómatl	Tomate
Le	Macúili	Cinco
Ne	Nenepili	Lengua
Ye	Yey	Tres
CFTe, K o Q	Cacaotal	Cacao

## DUDOSOS

Sonidos Palabras en que se encuentran Significación de ellas

Sonidos	Palabras que se encuentran	Significado de ellas
Ö u Eu	Teotl, ó Teutl	Dios
	Sacatl	Heno
	Caze: Grafía de Gastelu	Uno solo
	Ce: Grafía de Clavijero	Uno
	Ce: Grafía de Gastelu	
	Cipactli	Primer día del mes
	Zozoyatic	Planta de este nombre
Ve	Vevet: Grafía de Gastelu	Atabal
	Calli	Casa
L.L.	Cashtollo mey	Dieciocho
	Nijte	Barriga
Je	Sasalija	Coyuntura
	Niquejquel	Soy cosquillos
H	Huehue	Viejo

Veamos ahora las razones que nos hacen dudar de las cinco pronunciaciones O, Ve, Se, H, y de la duplicación de la L.

O. Al ver la variedad con que Molina escribe en su vocabulario una gran porción de palabras, ya con *o*, ya con *u*, y las advertencias que sobre esto hacen Carochi, Gastelu, Betancourt, &c., nos propusimos consultar de viva voz cuantas personas supiesen el mexicano y la ocasión nos presentase. Creemos haber oído de la boca de algunas esa vocal sorda que los alemanes escriben con *o*, y dos puntos diacríticos encima, o con *o* y en una *e* pequeña encima, y los franceses con EU. Hemos ensayado pronunciar y hacer pronunciar nuestras *o* y *u* claras con esa afección que los gramáticos dichos han llamado singulto, y ni por eso hemos podido oír en esas *o* y *u* claras el lúgubre sonido de *eu*. No queremos sin embargo fiarnos de nosotros mismos porque como dice Volney, el arte no es tan fácil, y por eso colocamos tal sonido entre los dudosos. Nada extraño es que los españoles de aquella época que no hubieran tenido ocasión de oírla en otras lenguas, o ni bien era *o*, ni bien *u*. Conócese, no obstante esto, la conciencia y escrupulosa exactitud con que procuraron desempeñar su empresa, y les debemos estar muy agradecidos por ellas.

Ve. Dudamos que las mujeres hayan pronunciado *Vevetl*, como parece inferirse de un pasaje de Gastelu; y nos parece cierto que, por lo menos hoy, en ninguno de los dialectos mexicanos se pronuncian las sílabas *va*, *ve*, *vi*, *vo*, *vu*, cuya pérdida gradual ha costado tantos suspiros, tantas quejas a todos puristas castellanos. Tenemos sin embargo que sujetar al juicio de las personas instruidas esta reflexión. Antes de que el análisis de los sonidos estuviese tan adelantado como hoy, no es imposible que se hayan confundido las modificaciones que sufren las vocales por su simple concurrencia con una *u* que las preceda, y las que les da la *v* hiriéndolas. Hay a favor de esta suposición la indiferencia con que los romanos escribían *v* o *u*, con el doble valor una y otra de vocal y consonante, indiferencia que duró muchos siglos en las lenguas que se sirven de los caracteres latinos. No conocemos otra palabra que la interjección *Hui*, usada por Terencio, en la que se encuentre una vocal (la *i*) herida por una *u* que conserva su sonido vocal y esté precedida del signo de guturalidad *h*. Aun este modo de escribirla moderadamente no sabemos si sería el original de Terencio. En la antigua copia hemos visto en el Vaticano, hecha en tiempo de Alejandro Severo, no recordamos haberla visto escrita así, sin embargo de que ocupados desde entonces de esta especie de indagaciones, parece natural que nos hubiera llamado la atención. Notámosla sí, en una edición veneciana que vimos en Florencia, hecha el año de 1471, in folio. Sólo suponiendo tal confusión, puede entenderse lo que Gastelu dice en el pasaje citado. ¿Es pues posible que la guturalidad afecta a la forma *u*, y comunicada a las otras vocales en su concurrencia, con ellas

en sílaba directa, se confundiese por algunos mexicanos, o por Gastelu, con la pronunciación de ve? En una palabra: ¿llegaron a usar este sonido?

S. Los que han escrito mexicano pretenden que a esta lengua falta la pronunciación *se* (ese). La más suave de las dento-linguales, que los romanos no usaron; que los vascuences tienen muchos siglos ha; que los españoles aprendieron de ellos, y que los ingleses hacen sonar en las palabras *thistle*, *Sympathy* &c., es según creemos, la que los españoles escriben hoy *c* y *z*, escribían hace un siglo *c* y *c*, convendría que escribiésemos con un solo signo. Esta pronunciación falta en la República, y falta entre las personas instruidas, de manera que raras son las que usan de ella. Este sonido es el que nuestros antiguos escritores de mexicano representaron con *c* en las palabras *Ce Cempoalli*, &c., es, muy probablemente, el que pintaron con *c*, por no tener como expresarlo delante de *a*, *o*, *u*; y es acaso lo que figuraban con *Z*. Ahora, si los antiguos mexicanos usaron tales sonidos *Ce* y *Ze*, ¿por qué hoy no se conserva en México una pronunciación que la ortoepia castellana hacía indispensable? Si no usaron tales sonidos ¿Por qué los escritores de mexicano pretenden que carece de *se* (ese), y escriben con *c*, *c*, *z* y *tz* cuantos sonidos siflantes encuentran en él? Porque Betancourt hablando de la posibilidad de escribir *SS*, *pues se pronuncian vocalmente*, dice *en algunos vocablos*: ¿Era *S* lo que pronunciaban los antiguos mexicanos como hoy pronuncian los dialectos todos que de su lengua se conservan, o eran *c*, *c* y *z*, a más de su particular *tz*?

L. Sobre la duplicación de ésta nos ocurren dos dudas. ¿Por qué hoy no se hace oír esta duplicación en los dialectos que se conservan? Es acaso la especie de laxitud con que algunos la pronuncian lo que hizo imaginar el escribirla doble. Del sonido vascuence *lle* no hay que hablar; sabido es que no lo usaban los mexicanos.

J. Creemos haber sentido su pronunciación en las palabras de los ejemplos puestos y en muchas otras, siempre en sílaba inversa simple como se ve en ellos, y deseamos saber si no nos hemos engañado.

H. Nos parece que son cuatro los usos que en castellano tiene esta letra. 1º El de *expiración* (no aspiración) fuerte, como en *haca*, *hongo*, que en boa de algunas personas casi suena como una *j* pequeña, *Jaca*, *Jongo*. 2º El de guturalidad, como en *huevo*, *huir*, que se parece a una *güe* (no *gue*) pequeña, *Guevo*, *Gúir*. 3º El de separar, en ciertos casos, sílabas que sin ella se unirían como *ahí*, *cohete*. 4º El de pedantear un poco sobre algunas etimologías. De estos cuatro usos deseamos saber si son útiles en mexicano el 2º y el 3º, como nosotros lo creemos, y como se puede sentir en la repetida palabra *hue huelt* y es ésta: *Ilhuicamina*. Advertiremos de paso que el Vocabulario de Molina (México, 1571), no presenta un plan fijo y metódico sobre el uso de

esta letra: así se ve omitida en *Achiua* y sus compuestos, *Acauala*, &c., úsala en *Achiuh*, *Aehecatl*, *Ahania* omitiéndola en la última sílaba de ésta, en *Aca-luelteca* que se pronuncia *Acalhuel* y no *Aca-luel*, etcétera.

Además, se nos figura haber notado algunas desinencias de *Scheva*, aunque no tan breve como la hebrea en muchas palabras. Nos ha parecido casi la *e* muda o femenina de los franceses. ¿El *tz* mexicano que *Molina* confunde malamente con *ca*; *ce*, *ci*; *co*, *cu* es el *Tzade* hebreo, la antigua *c* *vascuence*?

Protestamos, para concluir, que de las lenguas que hemos citado, sólo muy imperfectamente conocemos algunas, cuando de las otras apenas tenemos las ligeras noticias que bastan para la cita. Marzo 30 de 1843. O. (M).

## 2. *El Aguacero de Zapopan*<sup>103</sup>.

Un paredón, el agua que destila, y algunas hierbas...

¡Ved aquí qué elementos tan sencillos, qué materiales tan escasos! Y sin embargo, tales como son han bastado a la naturaleza para formar con ellos una obra preciosísima. No es una escena de grandeza, como una catarata, ni de terror como una tempestad; es un cuadro risueño, movable y pintoresco, cuya vista sólo excita dulces afectos y suaves emociones.

Hay en lo interior de las minas algunas rocas verdes y cenicientas, hendidas y cubiertas de cristalizaciones, entre las que brilla la plata enmarañada. Es lo único con que aquel cuadro pudiera compararse. Figuraos una colina de poca elevación, verticalmente cortada, hendida en varios puntos, ligeramente excavada hacia su base, medio cubierta por una cortina de ramas de diferentes formas y verdores, con festones de mirtos y flores amarillas que de ellas están colgando: bajo de este ramaje flotante sigue un tapiz de musgos y de céspedes verdes o rojizos, cenicientos, negruscos o amarillos; y de entre estos musgos, blandos como un cojín de seda, el agua está brotando en una multitud de manantiales con un ruido del todo semejante al que formara un aguacero. Estos pequeños torrentes parecen a veces tan inmóviles como si fuesen de cristal: se necesita tocarlos para conocer que corren; se creería que eran unos cilindros de oro, cuando por ellos se trasluce el amarillo de los céspedes. Estos cilindros se presentan en otros puntos móviles y retorciéndose en formas espirales. Se ven también pequeñas oquedades entapizadas de musgo alimonado, y por entre él sale un manantial murmurando. Otras veces el agua se desliza con suavidad por un declive, pasa por él, van a salir en otro punto, formando un manantial que corre y serpentea más bullicioso. En algunos huecos el agua cae de tal modo, que forma una tela ligerísima, tan cristalina y transparente, que por entre ella se ven las yerberillas. Hay piedras que el agua cubre tomando la forma de una concha, y esta agua forma en otras partes un cilindro bastante grueso, hueco y transparente. En fin, en cada punto los manantiales presentan diversas perspectivas, variando a cada instante su giro y direcciones; el agua cae gota a gota, brota con fuerza, o se desliza suavemente; pasa con prontitud, o serpentea murmurando; se filtra, o corre con ligereza; reboza en algunas fuentecillas, o cubre alguna piedra como una gasa transparente; se esparce como el rocío, o cae como una lluvia; se pierde entre los musgos, o se precipita levantando al caer bombillas espumosas; corre con lentitud, o queda inmóvil, diáfana como un trozo de hielo. Todo pasador una mágica transformación cuando el sol

<sup>103</sup> REYES HEROLES, Jesús: *Mariano Otero: Obras*, Porrúa, México, 1967, pp. 869-872.

brilla sobre estos manantiales: parece entonces una reunión de prismas, o de estalactitas de nitro, formada por la destilación entre una gruta; o una cristalización de roca, labrada sobre un jaspe verde y matizado; las gotas que chispean son como perlas, las arenillas brillan como diamantes, y como granos de oro en el rocío esparcido entre los musgos amarillos; el agua que gotea de rama en rama, que tiembla como una lágrima sobre las hojas, se parece a una lluvia de esmeraldas.

Una mariposa que salga de entre las aguas, sacudiendo sus alas amarillas, una efímera azul que se venga a mecer entre las ramas, bastan para animar todo este cuadro. ¡Qué melancólico será cuando la luna lo ilumine con pálidos reflejos: cuando su luz de perla brille sobre estos manantiales cristalinos; cuando el arroyuelo centellee como plata que en el crisol se está fundiendo; cuando el silencio de la noche no se interrumpa sino por el dulce murmullo de las aguas!... Entonces...¡Ay!... Los recuerdos de amor brotarán en nuestra alma como los manantiales de esta fuente, y los suspiros saldrán del corazón como el soplo de un leve vientecillo. No hemos podido gozar de este espectáculo; pero en el día, el *Aguacero* no excita sino ideas halagüeñas, y un sentimiento de bienestar indefinible. Es un sitio que la inocencia y el amor pudieran consagrar a sus placeres.



### 3. *Felicidad*<sup>104</sup>.

Yo he asistido a los festines estrepitosos: yo he oído las vibraciones de una música ardiente, y he visto a la beldad, el amor, a la naturaleza y al arte concurriendo para embriagar los sentidos de felicidad, para anegar el espíritu en un mar de placer: ¿Por qué mantenido siempre estos espectáculos para mí un aire de indiferencia? ¿Por qué no se han relacionado con mi corazón, siempre solitario y doliente? Acaso son demasiado materiales esos goces; acaso niegan una participación directa al alma de esencia espiritual y divina, que necesita satisfacciones íntimas y desconocidas para esos hombres que todo lo refieren a la materia. Yo no sé; pero en el fondo de esa felicidad es sólo del que la siente; es una flor virgen que en medio de las sombras derrama su perfume; es una corriente límpida y oculta que se enturbiaría con el contacto del viento. Yo he sorprendido la lágrima de dolor de la hermosura, circundada del esplendor de la opulencia; en el lecho de oro duerme el tirano; inquieto el asesino escucha en todas partes el clamor de su víctima: ¿dónde volverá el rostro el seductor, que no encuentre recuerdos de su crimen? ¿Cómo huir el malvado de sus tenaces remordimientos?

La felicidad es un bien porque se ansía; pero que se busca en la engañosa senda de la vida, a la pérfida luz de nuestras pasiones caprichosas; felicidad que algunos simbolizan en la ignorancia; felicidad, que personifican en el sueño del niño y la apacible perspectiva de un cielo sereno; felicidad que se materializa con la saciación de nuestros apetitos, con la realización de nuestros sueños mortales. ¿Eres tú la felicidad verdadera?

¿Eres una luz que se percibe indecisa entre las tinieblas del mundo y que sólo se ve refulgente y pura del otro lado de la tumba?

¿Eres la paz del alma? ¿Serás tan vaga, tan indeterminada y tan fútil, que confirmes el terrible pensamiento del filósofo, que decía: “feliz aquel que pierde el juicio creyéndose feliz”?

¿Tan independiente es la felicidad de la razón, de esta distintivo sublime del hombre, de este título con que se llama hijo del Eterno? ¡Infeliz humanidad, que necesitas hacer víctima tu inteligencia por un bien que jamás alcanzas, y que no te es dado comprender!

<sup>104</sup> REYES HEROLES, Jesús: *Mariano Otero: Obras*, Porrúa, México, 1967, pp. 873.

#### 4. *La escuela de Lord Byron*<sup>105</sup>.

En el Ensayo sobre la Literatura Inglesa que ha publicado el célebre Vizconde de Chateaubriand, ha hecho, como él dice, una pequeña intriga a sus memorias póstumas (*Memoires d' outre-tombe*) publicando algunos fragmentos, entre los que se encuentra el arriba anunciado. En él la pluma del autor de *Los Mártires* respira ya el aire melancólico y solemne de la muerte; se reconoce que ha recordado en cada renglón que iba a legar a la posteridad, el juicio de un muerto famoso sobre otro hombre célebre que tampoco existía ya; y ante el Tribunal de una posteridad que ninguno de los dos vería, sus pensamientos han tomado una elevación solemne, un tono grave, que en el mismo Chateaubriand se hace notar. Oigámosle.

“Lord Byron ha dejado una escuela deplorable y presumo que los Chile-Harolds que vio nacer bajo su ejemplo, lo desolarían tanto, como a mí los Renes, que desvarían cerca de mí. Los sentimientos *generales* que constituyen el fondo de la humanidad, tales como la ternura de un padre y de una madre, la piedad filial, el amor y la amistad, son inagotables y suministrarán eternamente nuevas inspiraciones a los talentos capaces de desarrollarlos; aunque el modo *particular* de sentirlos, la *individualidad* del espíritu y del carácter, no pueda extenderse ni multiplicarse en grandes y numerosos cuadros. Los pequeños rincones aún no descubiertos en el corazón humano, presentan sólo un campo muy estrecho y en el que nada puede recogerse después que una mano ha segado la primera. Una enfermedad no es el estado permanente y natural del alma, para que reproduciéndola se pueda hacer de ella una literatura, como de esas pasiones fecundas incesantemente modificadas por la imaginación de los artistas que las manejan y revisten de diversas formas.

“La vida de Lord Byron ha sido objeto de muchas investigaciones y calumnias. Los jóvenes tomaron seriamente sus palabras magníficas y las mujeres se sintieron dispuestas a dejarse seducir pavorosamente por este monstruo; quisieron consolar a este Satanás solitario y desgraciado. Y con todo, ¿quién sabe si él no logró encontrar la mujer hermosísima y con un corazón tan vasto como el suyo?

“Byron según la opinión fantasmagórica, era la antigua serpiente que sedujo y corrompió al hombre, sólo porque había conocido la incurable corrupción de la especie humana; era un genio de fatalidad y de sufrimiento, colocado entre la misterios de la materia y de la inteligencia; que no veía una sola palabra del enigma del universo; que miraba la vida como una

<sup>105</sup> REYES HEROLES, Jesús: *Mariano Otero: Obras*, Porrúa, México, 1967, pp. 863-867.

ironía afrentosa y sin causa, como una sonrisa perversa del mal; era el hijo primogénito de la desesperación que desprecia, que reniega y que llevando en sí misma una llaga incurable, se venga arrojando al dolor por el camino de los deleites cuanto se le acerca; era un hombre que no había pasado por la edad de la inocencia y que no había sido ni aún abandonado y maldito de Dios, porque salió ya réprobo del seno de la naturaleza, porque era el condenado de la nada.

“Tal ha sido el Byron de algunas imaginaciones ardientes. Ninguno de los hombres cuya memoria pasa a la posteridad llega a ella tal como ha sido; pasado algún tiempo comienza su epopeya; se idealiza un personaje, se le transfigura, se le atribuyen un poder, vicios y virtudes que jamás tuvo, se coordinan los sucesos de su vida, violentándolos y haciéndolos plegar a un sistema. Los biógrafos repiten estas mentiras, los pintores fijan en el lienzo estas invenciones y la posteridad adopta el fantasma. ¡Cuán locos son los que creen en la historia! La historia es un mero embuste. Como la compone y adereza un grande escritor, así queda para siempre, y aún cuanto ha contado imposturas, refiriendo las virtudes de Agrícola y los vicios de Tiberio, Agrícola y Tiberio quedarían como Tácito los ha hecho.

“En Byron se encuentran dos hombres diversos; el hombre de la naturaleza, y el del sistema. El poeta advirtiendo el papel que el público le hacía representar, lo acepta y se pone a maldecir al mundo, que al principio miraba sólo fantásticamente: esta marcha es sensible en el orden cronológico de sus obras. En cuanto al carácter de su *genio*, lejos de tener la universalidad que se le atribuye, es por el contrario bastante limitado a un género, su pensamiento poético y apasionado es siempre un gemido, una queja, una imprecación, y en esto es admirable. Al poeta deben pedírsele sus cantos y no sus pensamientos.

“Lord Byron tuvo un talento grande y variado, aunque de influencia funesta y de una naturaleza propia para agitar: había leído bien a Voltaire y lo limitó muchas veces. Cuando se sigue paso a paso en su carrera al gran poeta inglés, es fuerza admirar de qué manera comprende su asunto, como casi nunca se extravía del objeto propuesto, el modo con que se conserva siempre en la actitud conveniente y el arte con que lo arregla todo, para arrastrar en su favor: si algunas veces afecta un carácter original, bizarro y singular, esto en general proviene del carácter inglés. Por otra parte, si Lord Byron ha expiado su genio con algunas debilidades, el porvenir se ocupará poco de estas miserias, si no es que las ignora del todo: el poeta ocultará al hombre; entre él y las razas futuras se interpondrá el talento, y al través de este velo divino la posteridad no percibirá más que al Dios.

“Lord Byron ha constituido una época, y ha dejado tras sí una huella profunda e imborrable.

“El accidente que lo hizo cojo, y que tanto aumentó su carácter salvaje, no habría debido afligirlo; puesto que no le impidió ser amado. Más desgraciadamente el poeta no colocaba siempre sus afecciones a bastante altura y las recibía de muy bajo.

“Compadezcamos a Rousseau y a Byron, de haber incensado altares poco dignos de sus ofrendas: tal vez avaros de un tiempo del que cada minuto pertenecía al mundo, no quisieron más que el placer, dejando a su genio que lo transformara en pasión y en gloria. A sus lirás tocaban la melancolía, los celos y los dolores del amor, mientras que a ellos no pertenecíamos que la voluptuosidad y su suave sueño; buscaban fantasías e infortunios, lágrimas y desgracias, la desesperación de la soledad, la inspiración de los vientos, de las tinieblas, de las tempestades, los bosques y los mares, y venían a componer para sus lectores los tormentos de Childe Harold y de Saint-Preux sobre el seno de *la Padoana* y del *Can de la Madona*.

“De cualquier modo, en el momento de su delirio la ilusión del amor era completa; por lo demás, bien sabían que estrechaban en sus brazos la infidelidad misma, fugitiva como la aurora, y ella tampoco los engañaba con un falso semblante de constancia, ni se condenaba a seguirlos cuando se extinguiera la ternura de alguno de los dos. Sumando todo, Juan Santiago y Lord Byron han sido desgraciados; esta era la condición de su genio: el primero se ha envenenado, y el segundo, fatigado de sus excesos y sintiendo la necesidad de ser estimado, ha vuelto a las riberas de esta Grecia en la que su musa y la muerte lo han servido a su vez tan bien”. M. O.

5. *Monografía de Guadalajara*<sup>106</sup>. 10 de mayo de 1842.

Al recorrer las ciudades del Nuevo Mundo, lo primero que se presenta a la mente, es el recuerdo del pueblo que ocupaba ésta hermosa parte del universo, antes que el genio de Colón se abriera paso por entre los mares ignorados para revelar su existencia a la vieja Europa. Las tristes escenas de aquellos días, hieren profundamente la imaginación y por cualquier parte que se transite, se experimenta un deseo vivo de explorar los secretos que el tiempo nos ha robado tal vez para siempre; y cuando una iglesia antigua, algunas ruinas, un sitio memorable o algún árbol siquiera, cuya vida se refiere a una de esas memorias, nos recuerdan aquellos sucesos, ¡qué reflexiones sublimes, qué graves y solemnes pensamientos no produce la meditación sobre el destino de estos pueblos! La providencia que los condenó a tan espantoso exterminio para sustituirlos con la raza Europea, se dice naturalmente, revelará tal vez pronto sus designios en esta catástrofe, haciendo conocer su influencia asombrosa de la suerte de la humanidad toda; y entonces, el provenir excita, aun más que lo pasado, la ávida curiosidad del alma. ¡Inútil esfuerzo! Un jeroglífico medio destruido, monumento desfigurado, o algunas hojas de papel amarillentas y carcomidas pueden guiarnos en el laberinto de lo ya sucedido, en cuanto a lo venidero, sólo Dios lo sabe, y él oculta su porvenir a los hombres, como ha los pueblos, con la misma sabiduría.

Algunos siglos en lo pasado, muy pocos años en lo futuro, cierran el espacio de las investigaciones humanas; espacio dominado todavía por la incertidumbre y el error.

Un día el porvenir habrá existido ya, y esta historia de los pueblos del Nuevo Mundo, que se encierra ahora en tan pocas páginas y se limita a caracteres tan sencillos, ofrecerá un conjunto asombroso de riquezas, pues en el camino trazado a estos pueblos para su carrera, es tan vasto como magnífico.

Pero ahora, en los primeros días de su vida agitada, apenas puede decirse lo que ellos fueron en el tiempo de la vencida civilización asiática, la manera en que nacieron y crecieron cuando esa civilización cedió su campo inmenso a las artes y a las creencias del antiguo mundo, y lo que han sido en los días de la emancipación política de la República. Estos son los límites de la historia de todas nuestras ciudades, más o menos sucias en cada uno de estos géneros.

Existen algunas cuya vida se limita todavía a lo pasado, y que solitarias y silenciosas reinan en el desierto mostrando al viajero sus templos, sus casas

<sup>106</sup> REYES HEROLES, Jesús: *Mariano Otero: Obras*, Porrúa, México, 1967, pp. 421-438.

y sus obras militares como otros tantos símbolos de su antigua vida, símbolos respetados por la mano de la destrucción y todavía no profanados por las obras vivas de los hombres, que tantas veces han ido a buscar los sitios consagrados por los recursos históricos para fundar allí sus nuevas ciudades.

Otras hay, que por el contrario nada tienen del antiguo pueblo, y que se han levantado sin mezcla alguna de los pasados recuerdos. Tal es Guadalajara.

Cuando, destruidos y sujetos a los imperios de Moctezuma, sus vencedores avanzaron hacia el occidente de las tierras conquistadas; los pequeños reinos de Colima, Jalisco y Tonalán, cedieron sin mucha dificultad a las armas españolas, y los conquistadores nada encontraron allí que les recordase lo que acababa de pasar en las orillas del lago de Texcoco. Aquellas artes asombrosas, aquellas instituciones admiradas, aquella población numerosa y llena de vida que ocupaba una ciudad, cuya magnificencia y suntuosidad excitaron la admiración de Cortés cuando la contemplaba<sup>107</sup>, y le inspiraron después que la hubo destruido, el propósito reparador de volverla a edificar<sup>108</sup>, no se encontraron sin duda, en estos reinos pequeños, poco poblados todavía.

Tonalán, el más céntrico de ellos no presenta hoy más que su antigua capital<sup>109</sup>, situada sobre una pequeña colina y compuesta únicamente de frágiles chozas y pequeñas casas recién, edificadas. En vano se buscaría allí un recuerdo físico o moral de lo que antes fue. Ni un monumento, ni una piedra tan solo elevan su fecha al día de la conquista, y los descendientes de los antiguos indios perdidos enteramente sus usos, costumbres e idioma, no recuerdan la memoria de la infeliz reina que tan propicia acogida diera a los conquistadores, ni la de los valientes guerreros que el 25 de mayo de 1530 turbaron el festín de los españoles y perecieron víctimas de su patriótico arrojo. Las demás poblaciones no deben haber sido mejores.

Pero la extensión y ferocidad de los terrenos conquistados, su situación cerca del grande océano equinoccial y su proximidad a los hermosos países que en una línea más occidental todavía, se presentaron menos poblados pero llenos de riqueza para lo futuro, fijaban demasiado bien los destinos venideros de aquellas partes del Septentrión y exigían imperiosamente la fundación de una capital que sirviese de centro a las operaciones militares y administrativas de aquellos pueblos.

<sup>107</sup> Véase la carta del conquistador a Carlos V, fechada de 30 de octubre de 1530.

<sup>108</sup> *Quiso Cortés reedificar a México, no tanto por el sitio y majestad del pueblo, cuanto por el nombre y fama, y por hacer lo que él deshizo, y así trabajó en que fuese mayor y mejor y más poblado.* Gomara revisado por Chimalpuin. Parte 2ª capítulo 51.

<sup>109</sup> Pueblo pequeño situado tres y media legua al E. de Guadalajara, y muy conocido por los famosos búcaros que trabajan sus naturales y que se exportan para el resto de la República y aun para el extranjero.

La Corte de Madrid, gobernada por Doña Juana, en ausencia de Carlos V, determinó que se fundó poniéndole por nombre Compostela, y Nuño de Guzmán cumpliendo con estas órdenes, la fundó en el año de 1535 cerca de la costa del mar Pacífico.

Pero ya antes aquel feroz letrado había resuelto establecer una ciudad situada en un punto más céntrico que en que coloco a Compostela, y el 16 de marzo de 1532, había fundado en Nochistlán la Villa del Espíritu Santo, a la que después llamaron Guadalajara con el nombre de su ciudad nativa, mándola después en 24 de mayo de 1533 a Tlalcotán. Más ninguna de estas disposiciones tenían las ventajas apetecibles, y se pensaba ya seriamente en trasladarla de este último lugar, cuando el 27 de Septiembre de 1541 fue atacada por los indios, aún no reducidos, de las poblaciones vecinas, y después de un combate encarnizado los moradores de la nueva capital poco seguros se decidieron a ir a fundar la nueva ciudad en el lugar en que hoy existe<sup>110</sup>, y desde el día siguiente comenzaron a trasladarse al sitio conocido como Analco.

Cuando el que conoce aquellas localidades examina ésta lección<sup>111</sup> no puede menos que lamentar el error cometido por los fundadores. Dueños de la vasta extensión de terrenos que bañaban las aguas de la laguna de Chapala y del río Toluclotlán, las márgenes pintorescas y deliciosas de la laguna y del río; les ofrecían cien lugares propios para elevar grandes ciudades con

<sup>110</sup>Según una numerosa serie de operaciones practicadas por el capitán de fragata de la marina mexicana D. José María Narváez, el palacio de gobierno de la Ciudad de Guadalajara, esta situado a los 20°41'10'' de latitud N y a los 97°05'43'' de longitud O de Cádiz. Sea este el lugar de hacer un recuerdo de la grata dulce memoria de este distinguido marino, a quien la geografía de Jalisco y la de la costa N.O. de la República, deben los más distinguidos servicios.

El Sr. Narváez comenzó su carrera en México en el año 1788 en la expedición de Malaspinas; fue el descubridor del puerto y archipiélago de San Juan y del canal del Rosario; hizo después constantemente servicios importantísimos; y este hombre benemérito, modelo de las más acendradas virtudes, murió en Guadalajara, pobre y olvidado. Pero días antes de su fallecimiento, la junta departamental de Jalisco, hizo iniciativa para que se le dieran más de esas tierras baldías que nada producen y que se han dado a todo el mundo; mas el proyecto fue desechado por el senado. Esta es la suerte de los buenos; Si el Sr. Narváez en vez de servirnos para ilustrar nuestra geografía nos hubiera ayudarnos a degollarnos, los honores le harían colmado. Su estimable familia posee muchos mapas, y noticias geográficas inéditos e interesantísimo, y habrá ofrecido cederlos al gobierno con tal de que se le pagaran cinco o seis mil pesos de sueldos atrasados. Si el Excmo Sr. Presidente llevase a efecto tal negocio, S. E. hará el doble bien de adquirir tan preciosos datos y de dar una recompensa, que nada tiene de gracia, a la familia de un mexicano dignísimo.

<sup>111</sup> Miguel Ibarra y Juan del Camino, son los nombres de los comisionados electos en aquella época para proponer el paraje más conveniente; ellos indicaron el valle de Atemaxac o el de Toluquilla. Fue preferido el primero.

todas las ventajas que da a las poblaciones la proximidad de estos acopios considerables de agua; pero los españoles menospreciaron tan importantes consideraciones; tal vez tampoco sintieron sobre su alma el poder con que un sitio lleno de encantos nos atrae irresistiblemente, y desatendiendo también las comodidades del hermoso y fértil valle de Toluquilla, escogieron el de Atemaxac, y (edificando las primeras casas en la orilla oriental del arroyo conocido hoy Del Paso y precisamente donde se ve la calle del puente de Medrano), el día 5 de Febrero de 1542 la ciudad de Guadalajara quedó fundada sobre el árido y triste llano que hoy ocupa, y que se encuentra cerrado al Norte por la hermosa barranca del Río Grande, y en los demás rumbos por la pequeña cordillera de cerros que está trazada en el mapa, y cuyos puntos mas culminantes son los cerros de la Punta (al Este) de Toluquilla (al Sur) y del Col (al Oeste).

Algunos viajeros han dado ya la descripción del valle, y en particular de la parte que ocupa la ciudad. Un terreno formado en su mayor parte de arena y lo que conocemos por tepetate, cortado frecuentemente por hendiduras hechas por la lluvia o las pequeñas corrientes de agua, y cubierto de una vegetación miserable y escasa, es el aspecto natural de aquel llano donde uno que otro árbol y algunos terrenos cultivados a fuerza de abono o de riegos artificiales, presentan de cuando en cuando, una muestra de que la mano del hombre ha querido revestirlos de vida.

Esta aridez proviene no sólo de la mala naturaleza del terreno, sino principalmente de la escasez de agua. Un manantial que en la parte sur de la ciudad sale de la presa y atraviesa por el paseo y la alameda hasta reunirse con el arrollo de Atemaxac, y otras dos pequeñas corrientes que nacen una al Sudoeste y la otra en el Norte, atravesando la primera el barrio de Mexicaltzingo, y la otra la pequeña barranca conocida por de Belén, son las únicas aguas corrientes de aquel lugar. La de más consideración distante medía legua de la ciudad, consistente en el río de Atemaxac, que formado por el manantial de los Colomos, y aumentado con el del precioso aguacero de Zapopan, del que hay en el Mosaico una pintura llena de vida y de imaginación<sup>112</sup>, pasa por los pueblos de Zoquiapan y Atemaxac, y reunido con el del paseo se precipita al Tololotlán en un terreno bellísimo.

En los primeros días de Guadalajara algunas casas edificadas en el referido punto de Analco, formaban toda su población quedando desierto el resto hasta la parte Sur, donde los indios mexicanos que habían concurrido a la conquista del reino de Jalisco, fundaron un pequeño pueblo al que en recuerdo de su país pusieron el nombre de Mexicaltzingo. Veintidós extre-

<sup>112</sup> Tomo 1, pág. 277.



meños, nueve montañeses, otros tantos andaluces, el mismo número de portugueses, seis castellanos y tres vizcaínos; fue el de los pobladores que fundaron la nueva ciudad, la que en 1569 había adquirido ya tal rango, que la corte dispuso elevarla al de capital de la Nueva Galicia, haciendo trasladar a ella la Audiencia y Silla episcopal que se había erigido en Compostela, la última en 1548 y la primera en 1549.

La ciudad se fue extendiendo poco a poco en el rumbo de Occidente, y constituida en capital de una vasta porción del territorio, la administración civil y eclesiástica atrajo a ella la población y el comercio que debían elevarla.

En aquella época la fundación de los establecimientos religiosos y eclesiásticos era la obra predilecta de la nueva población; y los templos, los conventos y los colegios se levantan rápidamente sobre los desiertos del Nuevo Mundo para revelar el carácter de la civilización peculiar de aquella época; a la manera con que los monumentos triunfales, los teatros y los cimientos del universo romano marcaban por todas las partes de su territorio el espíritu de la civilización de los vencedores del mundo. Así un gran escritor de nuestros días ha creído leer en las obras de la arquitectura, como en otros tantos libros, la historia de la humanidad.

Siguiendo este principio, sería una obra importante el estudio de los numerosos establecimientos religiosos que llenan nuestras poblaciones y el compararlos con los demás establecimientos civiles; más contrayéndonos a nuestro objeto, diremos únicamente que el número y la elegancia de los fundados en Guadalajara, anunciaban muy bien el rango futuro de la población. Desde la invasión del reino de Jalisco, los padres franciscanos fundaron el primer convento en Tetlán, y trasladándole después a Analco, quedo al fin el lugar que hoy ocupa, que se puede considerar como el punto de contacto de la antigua con la nueva ciudad, y donde su templo mayor y su convento muestran uno de los más ricos edificios de aquella capital.

Posteriormente los conventos de Santo Domingo, la Merced, San Agustín, el Carmen y San Juan de Dios, ocuparon diversas partes de la ciudad, donde se veían también los de religiosos de Santa Mónica, Santa María de Gracia, Santa Teresa y Jesús María; el Colegio de San Diego, el convento de Belemitas, el Oratorio de San Felipe Neri, el Colegio de la Compañía de Jesús y las iglesias parroquiales del Sagrario, Jesús, Analco y Mexicaltzingo, el que había sido incorporado a la población, desapareciendo del todo el origen de sus fundadores.

Se encontraban también la Catedral, que por la grandeza de sus formas, la sencillez de su estilo y el lujo de sus adornos, ocupa uno de los pri-

meros lugares entre las iglesias del Nuevo Mundo, y los colegios clericales, Seminario y de San Juan.

En cuanto a establecimientos civiles, el palacio de Gobierno, el episcopal, la factoría del tabaco, la aduana y algunos edificios particulares anunciaban a un tiempo la grandeza de la capital y la sencillez de la administración civil.

Tal era Guadalajara el año de 1771. No es posible, por falta de datos determinar el curso de su engrandecimiento, ni marcar las épocas de estos establecimientos, ni menos aún presentar el cuadro de la historia política de aquella sociedad; y este último trabajo sería inútil, porque Guadalajara, como todas las colonias españolas, tiene su historia entera comprendida en la fisonomía general de aquel orden social, profundamente tranquilo, por la sencillez de sus relaciones que establecía, y por la admirable uniformidad del conjunto.

Los nombres de los alcaldes y regidores de los cabildos, los días de la entrada y de la muerte de los presidentes y de los obispos, el recuerdo de las anécdotas de la vida de estos personajes y la memoria confusa de algunos religiosos ejemplares, de algunos magistrados austeros, de uno que otro rico propietario que llamaba la atención por sus fundaciones piadosas, o por sus prodigalidades mundanas, y también la de algún salteador famoso, era todo lo que podría tomarse para formar la historia de Guadalajara hasta ese año citado.

De entonces acá la generación que acaba puede decirnos lo que ha visto; y sus memorias, muy pobres todavía ante el porvenir, encerrarían en estos setenta años más recuerdos que los de los dos siglos antes pasados.

Ese año, pues, Guadalajara se encontraba hecha la capital de una vasta provincia, y constituía un centro de todos los negocios judiciales y administrativos de ese territorio; pero no había por esto en ella los adelantos de las artes, las ciencias, la industria y el comercio, que poco después florecieran en México bajo la sabia administración de Revillagigedo. Era una ciudad infantil todavía, cuya industria se limitaba a las artes más groseras de la vida; cuyo comercio era un monopolio organizado sin complicación, y ejercido sin talento ni actividad; cuyo trato social se encerraba en algunos paseos de campo, en las funciones de la iglesia, y en el ceremonial de insípidas visitas; a cuyos progresos en las ciencias se reducían a la instrucción que alcanzaban en la medicina, las leyes o la teología, los que se dedicaban a vivir de alguno de esos tres ramos, y que se formaban en ellos con los recursos y en el gusto de la época. La ciudad misma, a pesar de los numerosos edificios eclesiásticos que antes se ha dicho existían ya entonces, era bien reducida; y todo lo que hoy vemos poblado en las orillas de Analco, del Hospicio, de Mexicaltzingo, de Jesús María, San Diego, Jesús, el Santuario y Belén, esta-

ba desierto o habitado por chozas aisladas que ninguna relación tenían con la planta de los edificios de la ciudad. En consecuencia, mucha de la parte que hoy forma el centro, era entonces la orilla; y algunas personas recuerdan todavía haber visto el campo santo en el lugar donde ahora existe la plaza del mercado, que lleva aún el nombre del feroz Venegas.

Pero hacia esa misma época, los adelantos del espíritu y los progresos de la prosperidad material de las colonias producían cambios asombrosos, y preparaban lentamente el que se verificara; y en esos días la providencia mandó a Guadalajara un genio de beneficencia y de caridad, no de aquellos hombres raros, que en hacer bien, y cuya memoria ha quedado íntimamente enlazada con la historia de Guadalajara.

Aquel año la pequeña y atrasada ciudad estaba en vísperas de pasar por los horrorosos estragos con que la esterilidad, el hambre, la peste de los años de 54 a 56 desolaron nuestras poblaciones. Pero esos días funestos, lejos de dejar en Guadalajara monumentos de ruinas y de dolor, debían ser la época de los más grandes progresos materiales y morales, que se debieran a la beneficencia de Fr. Antonio Alcalde, religioso Dominicano que en el año ya citado de 1771 fue elevado al Obispo de Guadalajara.

Si alguna vez esta ciudad levantase magníficos monumentos, y quisiese elevar sobre ellos las estatuas de sus grandes hombres, ninguno podría presentarse en paralelo a este humilde religioso, que la providencia le conservó hasta 1792. ¡Qué serie de beneficios en estos veinte años! Agitado, en medio de los horrores de la miseria y de la muerte, que devoraban a la población; mientras que distribuía grandes suma para la compra de alimentos; mientras que establecía depósitos de víveres para los hambrientos, y vastas enfermerías para los apestados; en las horas mismas en que recorría a pie la ciudad afligida, llevando por todas partes el consuelo y el alivio, su mano levantaba edificios suntuosos, reparaba los templos destruidos, edificaba otros de nuevo, cubría la ciudad con numerosas manzanas de casas, protegía ardentemente la educación moral y científica de la juventud, y abría nuevos caminos en la cercanía de la ciudad, todo con sus propias rentas. El Colegio del Beaterio, los conventos de Capuchinas y Jesús María, la Parroquia del Santuario de Guadalupe, dieciséis manzanas de casas, y el vasto y magnífico hospital de San Miguel, que por su grandeza y extensión no tiene rival ni en la Capital de la República, le debieron su existencia, y ahora mismo acaba de construirse por su disposición el elegante Sagrario de la Catedral. A más dio también vida al Colegio Seminario y a la Universidad y protegió otra multitud de ramos que tenían relación con la prosperidad pública<sup>113</sup>.

<sup>113</sup> Véase la biografía inserta en el tomo II del *Mosaico*.

Así al morir el Señor Alcalde pudo muy bien considerar que nos legaba la segunda ciudad de la Nueva España, porque la Guadalajara de entonces era ya en realidad la Guadalajara de hoy.

Crecieron rápidamente sus relaciones materiales; la sociedad entró en la carrera del gusto y de la civilización; las artes dieron un paso, el comercio se extendió, y los Portillos, los Cos, los Aguilares, y sobre todo ellos, aquel Maldonado, a quien todavía alcanzamos ciego y casi paralítico, pero ardiente con el fuego del genio y lleno de concepciones sublimes y portentosas, emprendían su carrera, para mostrar los tesoros vírgenes que la inteligencia encerraba bajo aquel cielo purismo, que ninguno de sus hijos puede recordar sin ternura.

Nuestros padres vieron todavía ese aspecto de la paz, de la riqueza y de la abundancia, que reinaban cuando la terrible conmoción del año de 1810 agitó la República.

El movimiento impulsado en el pueblo de Dolores, alejó al principio su torrente desolador de aquella ciudad alegre y feliz; y Guanajuato, Aculco y las cruces parecían marcar en dirección contraria la marcha de la revolución; pero vencidos en aquel último lugar los gloriosos caudillos de la Independencia, y no pudiendo ya contar con la Capital de la República, buscaron el apoyo de la población que se manifestaba como el centro del interior de la Nación; y Guadalajara ya antes ocupado por las tropas independientes, vino a ser el teatro de la lucha formidable de aquellos dos poderes que se habían desafiado a un combate a muerte.

La peregrina representación de aquel poder, a la vez popular y despótico, independiente y sombrío; la desolación de las familias, que veían morir cruelmente a sus padres, víctimas de una horrorosa represalia, y los grandes preparativos del terrible combate para que se disponían, ocuparon Guadalajara en aquellos días, en que vio por fin sus calles llenas por las incontables huestes que en calderón concurrieron a aquella gran catástrofe, que atrajo sobre la inerme ciudad la cólera de un vencedor despiadado, que inundo las plazas de sangre, y mancho los edificios públicos con los miembros mutilados de sus víctimas.

Pero si bien Guadalajara sufrió entonces la desgracia universal, aquellas circunstancias terribles le revelaron el secreto de sus fuerzas y la elevaron al más alto rango que hasta entonces ocupara.

Bien sabido es que en la dominación española los puertos de Veracruz y Acapulco eran los únicos ductos abiertos para el comercio, que cambiaba los ricos productos de la Europa y del Asia por nuestros frutos nacionales, los que no llegaban al interior de la República, sino después de haber pasado por el triple monopolio de las casas de Cádiz o Manila, Veracruz o Aca-

pulco, y México; en cuyos puntos naturalmente se concentraban el poder de las riquezas y la actividad del comercio. La guerra civil desconcertó este arreglo funesto.

Las fuerzas de los Independientes, ocupando el Sur y el Oriente de México, interceptaron los caminos de Veracruz y Acapulco, y por mucho tiempo hicieron sumamente difíciles las comunicaciones, con lo que paralizado el comercio se hizo sentir una gran escasez y carestía de los efectos extranjeros, circunstancia tanto más amenazante, cuanto que los giros interiores habían padecido enormes atrasos.

Entonces las autoridades de Guadalajara abrieron al comercio el puerto de San Blas, a donde concurrieron luego las embarcaciones de Europa y Asia, que concentraban allí un seguro despacho de sus mercancías. Tepic y Guadalajara vinieron a ser los centros de esa nueva actividad mercantil, que extendió la vida por todo el interior de la República, y que acumuló en ésta última ciudad una cantidad enorme de riqueza, que girando en una circulación rapidísima, produjeron en aquellos días una prosperidad y ventura hasta entonces nunca vista, y que después no ha tenido nada que se le parezca. Esta época, clasificada con el nombre de el tiempo del comercio de los panameños, se conserva como el recuerdo de la abundancia, y entonces fue cuando se desarrollaron con más fuerza los elementos de vida y progreso que un día producirían tan asombrosos efectos.

En medio de ésta prosperidad material, el general español D. José de la Cruz transformaba con una actividad prodigiosa la faz de la ciudad. De aquella época datan la regularidad de los edificios, la desaparición de los toscos y pesados adornos exteriores que desfiguraban las calles; entonces se estableció la policía y el aseo de que era capaz una ciudad tan bien situada para esto como Guadalajara; entonces las orillas y los paseos se mejoraron, y se emprendió también la construcción de la obra conocida por la “saca del agua”, con la que se creyó remediar la escasez de ella; y que no habiendo surtido efecto alguno, quedó como un monumento de que el celo y la actividad no suplen los conocimientos.

Esta es la época en que Guadalajara quedó tal como está hoy, y es este también el lugar de emplear algunas líneas en darla a conocer.

Su situación geográfica y la naturaleza del suelo sobre que esta fundada, se ha dicho ya. Su planta es grande vasta y hermosa, comprendiendo una área casi igual a la de la Capital de la República; sus calles rectas y tiradas a cordel, la atraviesan en la dirección de los vientos cardinales con una inclinación de once grados hacia el Norte en la línea de Oriente a poniente, y la misma en la dirección de las calles de Sur a Norte, que en el centro de la ciudad cortan perpendicularmente a las otras.

Las manzanas del centro forman un rectángulo, cuyo lado es regularmente de ochenta varas; en la parte Oriente de la ciudad, las manzanas son más grandes e irregulares, y en la del Oeste se alargan un poco en la dirección de este rumbo; pero todas están tiradas a cordel, y presentan una vista alegre y despejada por la uniformidad de sus anchos, sin que se vean aquellos oscuros y angostos callejones, que tanto afean la bella planta de México. Los edificios son casi todos bajos, y solo hay uno que otro de dos pisos, con lo que la población vive con comodidad y amplitud, en casas limpias y perfectamente ventiladas; la inmundicia de los pisos bajos, la oscuridad de los entresuelos y la confusión de las casas de vecindad, incomodidades del hermoso y fértil valle de Toluquilla, esto de la mayor parte de los moradores de la Capital de la República, no se conocen absolutamente en Guadalajara; y sin duda a esto se debe atribuir el aspecto de los suburbios. Al pasar en México de una de estas calles esplendentes, cuya vista no cansa jamás, a los barrios que están detrás de ellas, se admira naturalmente tan súbita mudanza, y no se puede encontrar más triste circunstancia a este conjunto maravilloso de palacios; en Guadalajara no es así; y recorriendo la ciudad desde las calles del centro, donde existen los mejores edificios, hasta el fin de la población, apenas se notan los puntos de transición, y las orillas concluyen siempre con casas mucho menos elegantes y vastas, pero unidas todas a pequeñas huertas mal cultivadas todavía.

Entre los edificios que componen la ciudad, se notan muchos hermosísimos; las casas de algunos particulares que llevan su nombre, como las de los Moras, de Caballero, de Echauri, y sobre todo la muy bella recién construida por Don Ignacio Cañedo, ocuparían un lugar distinguido en las calles brillantes de México. La arquitectura de los edificios particulares de la ciudad es sencilla, elegante y uniforme, y presenta aquel carácter peculiar de las poblaciones hispanoamericanas, que el sabio Barón de Humboldt notó en México, Santa Fe y Quito, y que le pareció constituir un tipo diverso, y si se quiere exótico, respecto de las ciudades europeas.

Acerca de sus establecimientos públicos, se ha hecho ya mención de la catedral, San Francisco y el Hospital de San Miguel, y merecen también un recuerdo distinguido los hermosos templos del Carmen, San Agustín y la Merced; los grandes conventos de estas tres iglesias, y a más el de Santa María de Gracia, que ofrece interiormente el aspecto de una pequeña población puramente femenina y llena de actividad. El hospicio para pobres que fundó el señor Cabañas, último obispo español de aquella diócesis, comprende un cuadro de ciento setenta varas por cada lado; y su planta, aún no concluida del todo, lo hace uno de los más vastos y hermosos establecimientos de su clase.

La misma clase que antes hemos notado respecto a los edificios se encuentra comparando la población de Guadalajara con la de México. El esplendor del lujo y el refinamiento de los placeres que todos los días crecen en la Capital de la República, no se encuentran en aquella ciudad; pero en compensación, los vicios de una corte corrompida, y la ligereza y la frivolidad de una población empeñada en imitar servilmente y hasta el ridículo las costumbres europeas, no ha invadido en aquella sociedad y este exceso de asquerosa miseria y de brutal envilecimiento de las últimas clases de México, son absolutamente desconocidas. Así los extremos del poder y la miseria no se tocan, y la mediocridad de las fortunas y la comodidad de los medios de subsistir, forman una población de las más felices y morigeradas de la República.

El ejercicio de la agricultura y de las artes mecánicas, la industria manufacturera que se exporta para el interior de la república<sup>114</sup>, y el comercio de los efectos nacionales y extranjeros, constituyen los recursos de la población de la ciudad, donde no se ven estas fortunas escandalosas formadas por el agio y el peculado, que son tan funestas a la moral como a la riqueza de los pueblos.

Pero volviendo al orden de los sucesos, interrumpido con esta descripción; debemos decir que durante la desastrosa época de la guerra de Independencia, Guadalajara veía crecer los elementos de su prosperidad, a la sombra de la abundancia y de un estado que relativamente se debía considerar como de paz, hasta del día 13 de Junio del memorable año de 1821, pronunciada por la Independencia las fuerzas que guarnecían la ciudad al mando del General Pedro Celestino Negrete, la independencia se consumó sin sangre ni lágrimas, y en medio del regocijo más puro y ferviente de una población contenta y dichosa, que saludaba la aurora del día de la libertad.

¡Cuán bellos y felices fueron los primeros días de la del pueblo de Jalisco! Ricos con la pasada abundancia, fuertes con los recursos que les suministraban su posición sus relaciones, y los talentos y la ilustración de sus hijos; unidos todos sin la fatal división que después los devorara, los jaliscienses se presentaron en aquellos días como un gran poder para el resto de la República, y comenzaron a mostrar con su cordura y la sabiduría de su administración, cuan dignos eran de la libertad.

<sup>114</sup> En estos últimos días, dos fábricas de hilados y tejidos de algodón se están levantando, la una en Atemaxac y la otra en hacienda del *Popotal* o la Magdalena, y ellas serán sin duda el principio de la naturalización de unos de los ramos de prosperidad más adecuados a las circunstancias locales.



La organización de la regencia, la coronación y la caída del mal aconsejado caudillo de Iguala, no turbaron ni un solo día la marcha tranquila de paz, unión y prosperidad que se gozaba; y si no hubieran tenido otro cuidado que el de su organización interior, es seguro que este período de grato recuerdo, no hubiera sido alterado jamás por la guerra civil que nos ha destruido; pero era forzoso que las cuestiones sociales que hacían estremecer a la República, le comunicasen el movimiento general, y la primera de estas cuestiones, la que ha agitado a la Nación sin cesar, la de la repartición del poder público entre las diversas secciones del territorio, se suscitó la primera cuando el poder ejecutivo provisional quiso establecer una forma de gobierno central.

Guadalajara, que en el tiempo de la dominación española había sido el centro administrativo y judicial por una parte considerable del territorio; Guadalajara, que siempre había tenido autoridad tan independiente y poderosa como lo permitía su estado de colonia; Guadalajara, que gozaba todavía de la asombrosa prosperidad que le produjera el uso de sus propios recursos, y orgullosa en este período que le reveló sus fuerzas; ¿Podría consentir en renunciar estos recuerdos, y en prescindir de su porvenir? Con la conciencia de su capacidad para administrar sus intereses locales, ¿iría a buscar un amo, confesándose incapaz de hacer ella misma libre e independiente, lo que antes hicieron sus mandarines?

No por cierto, Guadalajara no pensó ni un instante en conservar las ventajas que sus adelantos y el centro de la administración le dieran antes sobre otras partes de la República. Justos y magnánimos sus hijos, reconocieron y sostuvieron los primeros el derecho de estas partes a vivir de una manera más independiente; pero tampoco podían consentir en ser víctimas del poder a que renunciaran, ni en verse uncidos al carro de un señor, en aquella crisis Guadalajara dio el grito de federación, y cundiendo por toda la República, mostró la justa conciliación de la unidad nacional con las necesidades locales; y que bien pronto vino a ser una necesidad irresistible, a pesar del golpe que ese espíritu en aquella ciudad cuando la expedición del general bravo.

En los días en que la sociedad se agita y discute sus más caros intereses, las grandes inteligencias y los caracteres se muestran y ocupan su lugar, y ningún jalisciense dejará de recordar con orgullo los nombres de los que en aquella época se vieron al frente de los negocios, sosteniendo la merecida reputación de ésta parte de la República, que desde entonces no ha dejado de ver brillar el nombre de sus hijos con todo género de glorias.

Viven muchos, y yo no los mentaré por esto, pero cuando el más grande de todos esos nombres ya pertenece a la historia, y cuando ha sido perse-



guido por la calumnia e insultado por el odio impío que ultraja los restos de los muertos, no puedo pasar en silencio el nombre de Sánchez. Es tiempo ya de juzgar en calma, sin adoración y sin odio, al hombre que sin más recursos que los de su inteligencia paso por las más humildes condiciones de la vida, sin sumirse en el fango que ha ocultado indudablemente tantas inteligencias colosales, y éste hombre que sin los recursos de la intriga ni del favor del poder, se niveló con las clases instruidas y elevadas de la sociedad; que luchó ventajosamente en las discusiones de los congresos con los sabios formados en las escuelas, y que excedió en el trato de la vida a los que nacieran en alta condición; éste hombre, que con el poder del talento se hiciera el representante de la nueva vida social que comenzaba, que subió al poder sin pretenderlo, que se mantuvo en él sin rivales por la superioridad incontestable de su mérito, y que después de un corto periodo de administración, señalado por una actividad incesante y por la concepción de magníficos planes<sup>115</sup>, murió sin dejar un solo real y fue llorado en toda la República, no es por cierto un hombre cuya memoria merezca ser desdeñada por pueblo alguno de la tierra.

La época de la administración de Sánchez, turbada sólo por algunas discusiones propias del espíritu de aquellos días, fue la de la unión y de la paz, que se alteró muy luego con funestas divisiones pura y desgraciadamente personales, que después de haber mantenido al Estado en miserables riñas, lo precipitaron a la inmensa catástrofe de 1834.

Con todo, es consoladora la idea de que los desastres de esos días y los principales que nos han afligido, vinieron todos de fuera; la rectitud de juicio y la moderación de principios, han sido el carácter distintivo de la mayoría de los habitantes de aquella parte de la República. La invasión de 1829, los excesos de la débil minoría que en 1833 manchó el nombre de la libertad con sus crueles persecuciones, y con aquellos vergonzosos decretos en que sin pudor se dispuso de la propiedad de un particular para hacer de modo que pasase necesariamente al contrario, con quien litigaba, y el furor de la reacción que en 1834 nos cubriera de oprobio y de vergüenza, no fueron más que efectos de extrañas impulsiones y subsistieron siempre contra la voluntad de una mayoría que ha deseado constantemente la conciliación del orden con la libertad, por el triunfo de aquel justo medio que atacado

<sup>115</sup> La necesidad de destruir las aduanas interiores como una de las más funestas instituciones que nos dejaron los españoles, esa necesidad que ahora se reconoce universalmente fue comprendida por Sánchez desde 1825, y en consecuencia estableció un arreglo de contribuciones directas, que, como los mas de sus proyectos grandiosos, acabaron con su muerte.

constantemente por los dos extremos, ha venido a ser la causa verdaderamente nacional de la República.

No es mi ánimo profundizar estos detalles políticos, y lo expuesto basta para mostrar por que Guadalajara envuelta en la conflagración general, y sujeta a los desastres comunes; sólo ha tenido lentos progresos, cuando contaba con tantos elementos para hacer una carrera asombrosa, carrera que ningún pueblo puede emprender sin la feliz combinación de unas instituciones libres y del espíritu de mejoras positivas, que elevando los ramos de la prosperidad pública, derramen por todas partes la riqueza y la ilustración.

¡Cuán dulce es pensar que ha llegado esta época y cuán grato el examen de nuestros recursos y de nuestro porvenir! Lo pasado ha debido suceder, sin duda, puesto que en las leyes eternas de las sociedades humanas, estaba resuelto que este pueblo nuevo e inexperto se agitase con el movimiento que conmueve profundamente a la humanidad; más ya es tiempo de que nuestra patria camine en el sentido recto y fácil que ha resultado de ese movimiento complicado que la impulsara en direcciones tan contrarias.

Si tal sucede, y si Guadalajara fuerte con la unión de sus hijos y auxiliada por un gobierno digno de ella, entra en este camino, un porvenir venturoso la elevara bien pronto al rango que debe ocupar.

Séame pues lícito hablar antes de concluir este pobre artículo, de una de las mejoras que reclaman imperiosamente las necesidades de un país, cuya felicidad es el deseo más ardiente de mi corazón.

Se entenderá ya que hablo de la construcción de un canal que aprovechando las aguas de la laguna de Chapala y del río de Toluclán, proporcione un medio rápido y económico de comunicar a la ciudad con toda la preciosa parte del territorio que esta en las márgenes de la laguna y en las del río Lerma que entra en ella, después de haber atravesado las fértiles y deliciosas campiñas de Michoacán.

En tiempo de la dominación española cuando se practicaron numerosos reconocimientos de todos los manantiales que podían abastecer a la ciudad de agua, se practicó uno de la laguna y según el expediente, se encontraron sus aguas a una altura capaz de ser conducidas; pero los costos de un acueducto tan dilatado, hicieron preferir la hermosa y atrevida idea del lego franciscano Fr. Pedro Buzeta, quien construyó el acueducto que hoy existe y que es tan conocido<sup>116</sup>, y el importante hecho de la altura, de las aguas de

<sup>116</sup> El lego a quien se ha mentado era uno de aquellos hombres, de genio que no consultan la rutina; si no que se abandonan a las grandes inspiraciones del talento, y así es que lejos de pensar en conducir a la ciudad algunos de los manantiales descubiertos, considero que bajo del cerro del Col existía un depósito interior de agua a suficiente altura, y haciendo una

Chapala, quedó olvidado sin duda, pues no hay recuerdo alguno de que, se haya intentado la construcción del canal, idea que naturalmente debió suscitarse en la época transcurrida de 1818 a 1821, en que tanto se impulsó la prosperidad material de la provincia.

En 1826 uno de los hombres de más recto juicio y de patriotismo más ilustrado que ha habido en Guadalajara (D. Julio Vallarta), hizo en el congreso del Estado proposiciones para que se realizara esta obra, pero el espíritu de la época hizo, que las sólidas e incalculables ventajas de este proyecto se despreciasen por la idea brillante de construir un rico salón de sesiones para el congreso, en el que el Estado gastó una suma inmensa de dinero sin lograr más que un edificio reducido y de pésimo gusto, por estar construido precisamente para realizar el anverso de las formas grandes e imponentes, y del conjunto sencillo y majestuoso que hacen el mérito de los edificios de esta clase; y la idea del canal quedó olvidada, hasta que en 1833 Don Pedro Támez, entonces Gobernador y uno de los hombres más ilustrados del antiguo Estado, concilió la importancia del proyecto y emprendió su realización, comenzando por comisionar al ingeniero inglés Frant para que hiciese el reconocimiento previo, del que resultó la posibilidad de construir el canal. Más cuando se trataba seriamente de arreglarlo, vino la revolución, el gobierno cayó y el proyecto quedó abandonado hasta hoy.

El ingeniero no entregó otra pieza que el simple trazo del canal, el que reducido a una escala mucho más pequeña, se ve en el plano que acompaña a este artículo.

En él se observa que el canal se tomaba del punto en que el río pasa por Poncitlán, y que desde allí venía descubierto, atravesando con varias ondulaciones por San Miguel, San Jacinto, Atotonilquillo, Atequiza, y San Antonio, hasta el lugar de las Lomas de las Pintas, donde se ve un árbol aislado que se nota en el mapa, y en cuyo lugar debería comenzar un socavón que saldría en el molino de Joya, en donde tendría (según una nota del mapa) veinte varas de profundidad y de donde correrían sus aguas a precipitarse en el río Toluatlán por el mismo cause que hoy llevan las aguas del arroyo del paseo.

El perfil de la nivelación del terreno, la descripción geológica de los lugares por donde debería pasar el canal, las medidas de sus dimensiones, el cálculo de la celeridad de sus aguas, el proyecto de las obras de arquitectura que fuera necesario construir, y las demás noticias científicas que debía contener un proyecto de esta clase, no se hicieron o se guardó un silencio tan

serie de pozos comunicados por un canal subterráneo, lo llevó a la ciudad con asombro del vecindario.

profundo, que ni recuerdo quedó de ellas; pero lo importante es, saber la posibilidad de realizar un tal proyecto.

En nuestro país, donde son tan difíciles los caminos de fierro, y tan escasos los depósitos de agua que sirven para los canales, la construcción de uno que comunicase desde Zamora hasta Guadalajara, haría una revolución inmensa en la agricultura, y la riqueza de aquellos países que están tan felizmente situados en el interior de la República; y esta obra que no podría tener rival en muchos años, haría en poco tiempo de Guadalajara, una ciudad rica y populosa, por que con solo abrir entonces un camino carretero entre Guadalajara y Zacatecas, los abundantes frutos de la agricultura y de la industria del Sur-Este de Jalisco, irían por un camino cómodo y barato a surtir a los Departamentos de Zacatecas y Durango, trayendo en cambio los productos de las riquísimas minas de esos rumbos.

Estas ventajas demasiado perceptibles para que yo me detenga en amplificarlas, subirían a un punto incalculable, si esta comunicación se llevase hasta el puerto de San Blas por medio del mismo río Tololotlán.

La falta de un reconocimiento exacto del curso exacto de este río, que sería tan importante explorar, no permiten decir la manera en que este proyecto será científicamente realizable; pero la circunstancia de que el río recorre ese espacio aumentando siempre el cauce de sus aguas, y la de que las mayores de sus caídas, son las que forman en la magnífica catarata de Juanaatlán y un poco después del puente, las que vencen sin dificultad alguna, hacen presumir que los obstáculos que pudieran oponerse a la prolongación del canal no son tan grandes, ni mucho menos, como las que en Europa y en Norte América se han vencido para ejecutar obras de esta clase.

Y aún cuando en último caso el canal no pudiera ser continuo, y tuviera que interrumpirse en algunas partes, con tal que por una diestra combinación de canales y caminos carreteros perfectamente construidos se lograra un camino rápido, cómodo y barato para el puerto de San Blas, éste vendría a ser el canal por donde los afectos del Asia y de Europa, y las producciones variadas y riquísimas de los departamentos del occidente de la República y de la península de California, vendrían a esparcir una abundancia inconcebible en el Departamento de Jalisco, y particularmente su capital que sería el emporio de este comercio. Entonces naturalmente se comunicarían con este camino otros ramales; a más del interesantísimo de Zacatecas, la Capital de la República, y los importantes Departamentos de Guanajuato y Michoacán unirían a sus caminos, por el rumbo de Zamora y la Barca, y también para tomar allí el canal, el fértil Sur de Jalisco llevaría sus productos a la laguna de Chapala con sólo componer algunos de los caminos de Teocuitatlán, San Marcos o Jocotepec.

La imaginación se abisma al percibir el inmenso cambio que sufriría Jalisco y la República toda, con obra tan importante. Brillarían las artes, la industria se levantaría como un terrible poder de civilización; la agricultura extendería las maravillas de ese suelo privilegiado, y el comercio derramaría la vida y la abundancia; entonces la población crecería en una progresión rapidísima, el genio de los jaliscienses que ahora se malogra en aquella ridícula cuanto atrasada universidad, se lanzaría en la gloriosa carrera del saber, y entonces ¡Oh Guadalajara! Tu vendrías a ser la ciudad primera ciudad del Septentrión, y nuestros hijos verían tus calles ahora desiertas, animadas por el bullicio de una población rica y feliz, convertidas en amenicemos vegetales, y lo que es más que todo, la paz, la moralidad, la instrucción y la libertad, formarían la historia de tus días.

Ni se diga que estas son ilusiones. No se trata más que del cálculo positivo y vigoroso de los progresos materiales de la sociedad.

Recordemos la portentosa prosperidad de los felices Estados Unidos del Norte, que en cuarenta años han cuadruplicado su población; y, el ejemplo de aquella Nueva York que en 1786 no-tenía más que veinticuatro mil almas, y en 1885 contaba ya con doscientos sesenta mil moradores y un estado de prosperidad inconcebible; ¿no es mucho más que lo que yo anuncio para Guadalajara? Y ¿Por qué nosotros no llegaríamos al mismo estado a que tan fácilmente llegara esta ciudad si adoptáramos los mismos medios? Bien se que el grito de las pasiones y la fiebre revolucionaria tienen estos proyectos por ilusión, porque no conciben nada fuera de ese asqueroso cuadro de homicidios atroces de rapiña imprudentes y de horrorosa desolación que forman toda su ciencia.

Pero si un día la paz se establece, si entonces se aplican a las mejoras positivas de la cuarta parte de los recursos intelectuales y materiales que hemos gastado en degollarnos y destruir cuanto existía, ese día se realizaran obras que apenas podemos concebir hoy, y entonces la que me ocupo que es tan fácil realizar, mudara la faz del ilustrado y rico Departamento de Jalisco, por cuya felicidad y ventura hace los más ardientes votos el que hoy dedica estas pocas y mal formadas líneas, expresión de sus ideas, sus recursos y sus esperanzas, a todos los buenos jaliscienses que desean la prosperidad y la ventura de aquella preciosa parte del territorio mexicano.